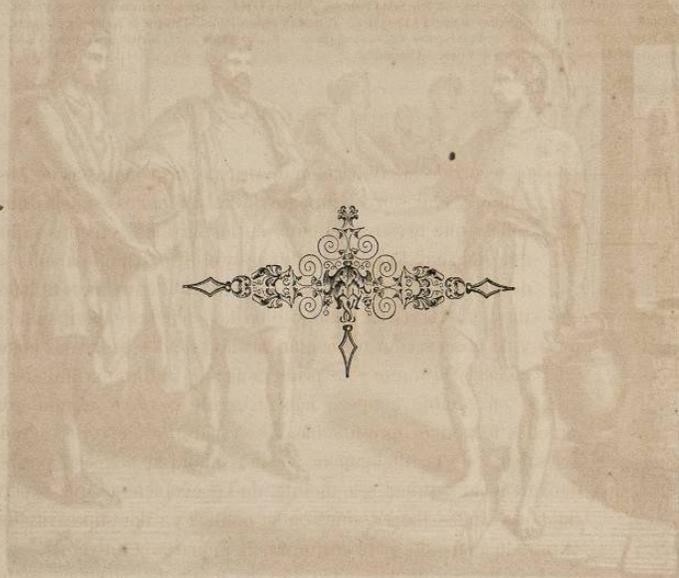


sas ridículas por la forma y por el fondo, que debieron ser arrastrados al abismo por los adelantos que realizaba el linaje humano.

La ciencia hizo sus progresos de un modo lento y pausado, y los grandes maestros de la filosofía griega estudiaron muchos de los más trascendentales secretos de la naturaleza; observaron la regularidad de sus leyes, la exactitud de sus movimientos, y en medio de su antagonismo de siempre, quedó establecida como verdad inconcusa la existencia del SÉR SUPREMO. Sin embargo, esta idea era pagana.

La India, la China, la Persia, la Caldea, el Egipto, todos los pueblos y naciones antiguas que precedieron á los griegos, lo habían dado á conocer con muchos siglos de anterioridad.

Después de tantos adelantos desde Thales á Aristóteles, después de tantos sistemas, métodos y discusiones, pasados los vértigos de aquellas sectas y escuelas, se dió á conocer por Platón la *divinidad de Dios*.



CAPÍTULO III

ROMA, HASTA EL NACIMIENTO DE CRISTO

Roma; su fundación y progreso. — Námitor. — Rómulo y Remo. — Numa Pompilio. — La era de los primeros reyes termina con Tarquino. — La República. — Los Cónsules. — La Dictadura. — Breno, jefe de los galos, es derrotado por el dictador Camilo. — Roma adquiere preponderancia. — Cartago; sus guerras con Roma. — Sila y Mario. — Primer triunvirato. — Catilina y Cicerón. — César y Pompeyo. — Batalla de Farsalia. — Progresos de César: muere asesinado. — Competidores á la dictadura. — Octaviano. — Triunvirato entre Octavio, Marco Antonio y Lépido. — Muerte de Cicerón. — Muerte de Bruto. — Marco Antonio y Cleopatra. — Reconciliación de M. Antonio y Fulvia su esposa. — Muerte de Fulvia. — M. Antonio recibe de Octavio la mano de su hermana. — División del Imperio. — Muere Sexto Pompeyo. — Muere Lépido. — Antonio abandona á Octavia y vuelve á Egipto. — El Senado romano declara la guerra á Cleopatra. — Batalla en el mar Jónico. — Muerte de Antonio y Cleopatra. — Se reviste á Octavio con todas las dignidades. — Augusto emperador. — Rápida ojeada acerca la civilización romana hasta la muerte de Augusto y nacimiento de Cristo. — Conclusión.



EMOS recorrido la civilización de Oriente, las conquistas de Alejandro y el desenvolvimiento de las diferentes escuelas filosóficas que tuvieron su cuna en los fértiles y amenos valles que riegan el Eufrates, el Ganges y el Nilo, para desarrollarse de un modo majestuoso y sorprendente entre la raza helénica. Y, en verdad, que si bien las ciencias experimentales y de observación no habían hecho grandes progresos como ciencias, durante esta primera faz de la filosofía indiana y griega, en cambio tampoco había surgido *conflicto* alguno con aquellas teogonías, que muchas veces fueron el depósito sagrado del saber y de la inteligencia. Veamos ahora si nos será posible dar una idea, siquiera sea sucinta, de las evoluciones que experimentó la ciudad Eterna, que con su política y valor supo avasallar al mundo conocido, para entronizar la monarquía universal.

A la muerte de Alejandro, llevaba Roma de existencia cuatro siglos y medio próximamente.

Nacida como todos los pueblos en medio de la superstición, su origen se halla envuelto en misteriosas sombras. Los *aborígenes* ó seres humanos que se forman ó que nacen espontáneamente del seno de la tierra, se se-

ñalan como primeros fundadores de Italia; pero como la *generación espontánea* no la admite la ciencia, de aquí que estos pobladores no han existido. Otros eruditos quieren que los *aborígenes* fuesen ciertos seres humanos arrojados de las alturas del Apenino para ocupar el Lacio, expulsando á los Sículos y estableciendo varias aldeas unidas por vínculos religiosos, cuyos moradores se reunían para celebrar las fiestas á la diosa Vesta. La tradición, á pesar de las modificaciones que sufre con el tiempo, sirve para dar una leve idea del origen de los pueblos.

Cinco colonias, al parecer, vinieron á fundar los pueblos de Italia.

Una de ellas compuesta de arcadios, bajo el mando de Evandro, llegó antes de la guerra de Troya. Después de este acontecimiento, se presentó Eneas capitaneando varios fugitivos. Este príncipe supo avasallar la dinastía de Latino, y colocó á sus hijos en el trono de Alba-Longa (Alba-Larga), ciudad que estaba situada sobre el monte Albano. Quince reyes sucesores, desde Ascanio á Amulio, ocuparon el solio de Latino.

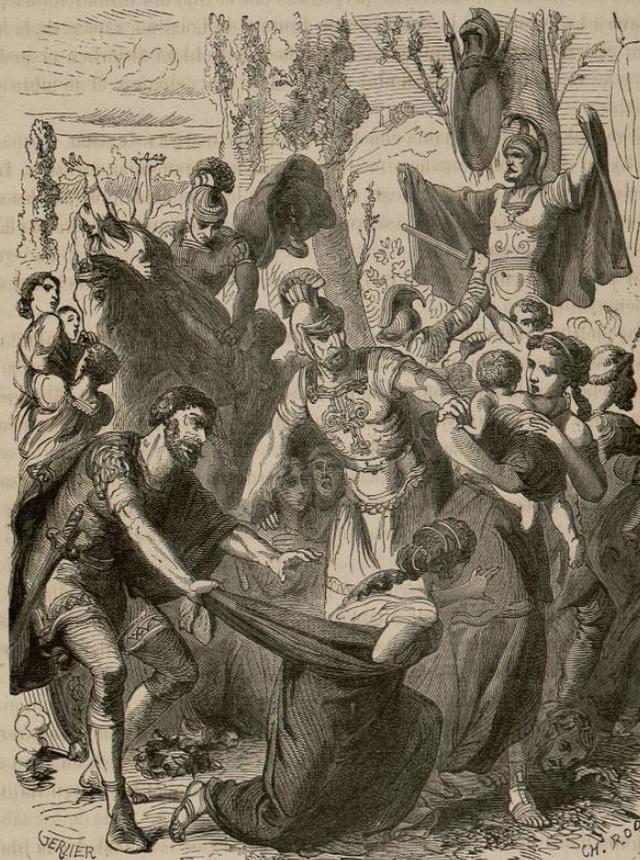
Este último monarca, Amulio, había destronado á su hermano Númerito, dándole algunos bienes, y su única hija llamada Rea Silvia vióse obligada á consagrarse á Vesta: con esta violencia creyó asegurado su trono. Empero, Marte no aceptó semejante sacrificio, y cuando iba por agua al bosque sagrado, la hizo madre de dos gemelos. Arrojadlos al Tiber, según los rigurosos preceptos de las vestales, las aguas los condujeron á la orilla, al pié del monte Palatino, donde los recogieron unos pastores: se dice que fueron amamantados por una loba. Faústulo, pastor del monarca, se apoderó de los gemelos y los entregó á su mujer Acca Laurencia para que los cuidara; ella fué quien los distinguió con los nombres de *Rómulo* y *Remo*.

Más tarde los dos hermanos dirigieron una colonia de latinos á las márgenes del Tiber, y fundaron una ciudad entre las fronteras de los latinos, sabinos y etruscos... Siempre la fábula y las sombras son las que señalan los primeros orígenes de los pueblos.

Rómulo, en desacuerdo con Remo, y ofendido, al parecer, por haber franqueado de un salto la muralla de la nueva ciudad, que había trazado en el territorio que Númerito les cediera, lo mató traidoramente, y dió á aquella su nombre, entre las solemnidades del culto etrusco. Robó las hijas de los sabinos y cuantas mujeres acudieron á las fiestas, y después de una lucha sangrienta, terminó uniéndose con ellos, atendiendo á las súplicas de las mismas sabinas. Aumentó su poder por medio de la conquista y murió asesinado por los suyos. Rómulo fué colocado en el catálogo de los falsos dioses con el nombre de *Quirino*. Prócuro aseguraba que había subido al cielo en el carro de Marte.

Roma había sido consagrada el 21 de abril del año 753, antes de la Era cristiana.

Un año se atrasó la elección de monarca, siendo elevado al trono el sabino



Rapto de las sabinas.

Numa Pompilio. El primero había sido un héroe, éste fué legislador. Modificó las feroces y sanguinarias costumbres, cambió los instintos destructores para que los romanos adquiriesen hábitos más dulces y morigerados.

La era de los primeros reyes de Roma terminó con Tarquino el Soberbio, que, como decía Cicerón, había introducido á grandes raudales la civilización de Grecia. Doscientos cuarenta y cuatro años habían trascurrido desde su fundación, y el insulto de Lucrecia, perpetrado por el hijo del último monarca, sublevó á los romanos á la voz de Junio Bruto y de Colatino, esposo de la heroína. Se establece la República, el Senado y la nobleza absorben el poder real, y se crearon dos magistrados temporales, que tomaron el nombre de Cónsules.

El reinado sacerdotal había concluido. El poder real ya no existía. Formaba su religión el politeísmo griego modificado por las ceremonias etruscas. Los patricios eran todo, la plebe elegía entre ellos á los que debían ocupar los altos puestos y dignidades, y los esclavos, si bien en corto número, era la clase abyecta de aquella sociedad.

Ya por este tiempo, Roma, con tendencias aristocráticas, era la ciudad de las siete colinas.

Los plebeyos ofendidos se retiraron á un monte, que tomó el nombre de *Sacro* ó Sagrado, donde quisieron fundar una ciudad; pero reconciliados con los patricios, por la intervención de los *feciales*, volvieron á Roma. Eligieron de su seno diez tribunos, y se abrogaron la iniciativa para formar las leyes, que tomaron el nombre de plebiscitos.

Los nuevos territorios conquistados se repartieron entre los nobles, y como Casio tratase de hacer una distribución más justa y equitativa, lo arrojaron al Tiber desde la roca Tarpeya. Una nueva proposición de los tribunos tomó el nombre de *Ley agraria*.

Buscaron entre los griegos las mejores leyes para formar un Código, y al presentar los decenviros las diez tablas, el pueblo se sublevó y la institución quedó abolida. Durante el primer período del estado político del pueblo romano, sólo la guerra fué su elemento vivificador.

Restablecido el gobierno de los cónsules y autorizados los matrimonios entre nobles y plebeyos, se erigen los censores nombrando á Cincinato *dictador*, cuando contaba ochenta años de edad. Los tribunos no cejan en sus pretensiones, y consiguen poner al frente de la dictadura al plebeyo Marco Rutilio. Esta época constituye la *edad heroica de Roma*.

Roma había proclamado la República para conseguir la igualdad y la libertad; pero en su recinto sólo se encontraba la desigualdad de clases, la servidumbre y una guerra interior asoladora, sostenida por nobles y plebeyos. Verdad que el influjo de los *feciales* había acallado muchas veces los ánimos y restableció aparentemente la calma; pero los patricios conservaron los principales fueros y privilegios. La institución de los *tribunos* tuvo por objeto

rechazar la influencia y monopolio de la aristocracia, y los *decenviros* buscaron en las formas jurídicas la unión de los dos bandos por medio del matrimonio. De este modo los plebeyos alcanzaron todas las jerarquías, inclusa la de los colegios *feciales*.

Breno al frente de sus galos derrota el ejército consular, penetra en la populosa ciudad, donde roban, saquean y asesinan á muchos senadores. El dictador Camilo corre á vengar la patria ultrajada, derrotando á los galos en las riberas del Anio.

Roma adquirió otra vez su prepotencia. Empero, avasalladora con los samnitas, estuvo desgraciada y pasó por el yugo de las *horcas caudinas*, consignado en un tratado tan vergonzoso como humillante. Rehecha de nuevo, pudo con su táctica y disciplina vencer á sus enemigos, á pesar de los auxilios que otros pueblos les prestaron. La venganza de los romanos ahogó en lagos de sangre sus anteriores derrotas y particulares resentimientos; y el caudillo samnita, que había salvado la vida á seiscientos caballeros, fué entregado al hacha del verdugo. Roma quedaba vengada.

Cartago, su rival, fundada por la reina Dido, extendía sus conquistas por África y en las costas del Mediterráneo. Su comercio monopolizaba el Occidente, las ricas minas de España le producían pingües beneficios, y con tan poderosos elementos pudo señorearse de Cerdeña, las Baleares y acaso las Canarias. La Sicilia fué teatro de sangrientas luchas hasta que fatigados los marmertinos, llamaron á los romanos, y la Sicilia fué declarada provincia de la ambiciosa ciudad.

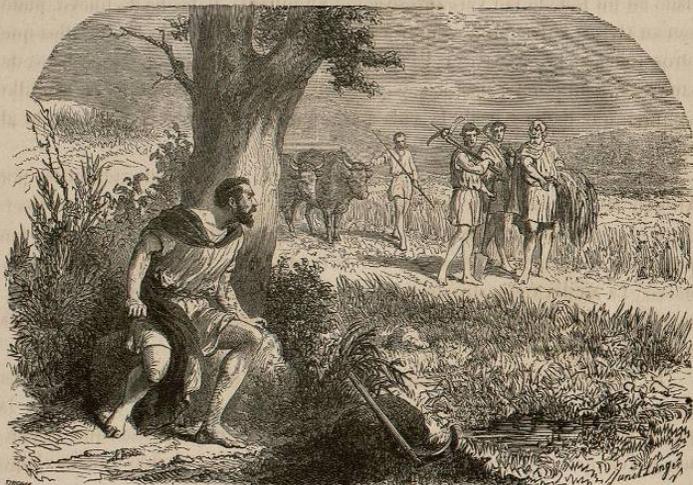
La política de Roma se dirigió siempre á sujetar los pueblos italianos. La guerra era el principio fundamental de su sistema de gobierno, y al dictar la paz se imponía á fin de exigir condiciones más ó menos onerosas que irritantes; así es, que la guerra que era una necesidad para el pueblo romano, llegó á convertirse en instinto.

La civilización romana estaba por entonces en su infancia, carecía de artes, industria y comercio; la agricultura era un ejercicio grosero, que servía á la juventud para prepararse á la noble profesión de las armas; todo respiraba el espíritu guerrero, que las circunstancias desarrollaron y las costumbres elevaron á un alto grado de perfección. Roma era conquistadora. De aquí tomó origen la levantada política que alcanzaron los hombres de Estado, hasta el punto que el Senado romano reunía en su seno los más inteligentes y perspicaces patricios, que formaron una política nacional, bajo cuyo amparo supo avasallar ricos y poderosos reinos, á quienes impuso sus leyes y administración.

Las guerras con Cartago, hasta que alcanzó su ruína, haciendo alarde de maldad y perfidia refinada; la posesión de Sicilia, Cerdeña y Córcega; su do-

minación en España; la preponderancia en Africa; la derrota de los cimbrios por Mario; las guerras macedónicas y otros muchos hechos de armas gloriosos, bajo el aspecto sangriento y asolador, colocaron á Roma en el apogeo de su poder. Sólo las luchas intestinas y las ambiciones desenfundadas de los tribunos, suspendieron por unos momentos la sed de conquista que la devoraba, y sus tendencias absorbentes se hacían sentir do quiera que paraba el vuelo de sus águilas.

Las ciencias, propiamente dichas, eran desconocidas, y si alguna leve noción de geometría, retórica y astronomía se vislumbraba en aquellos patricios,



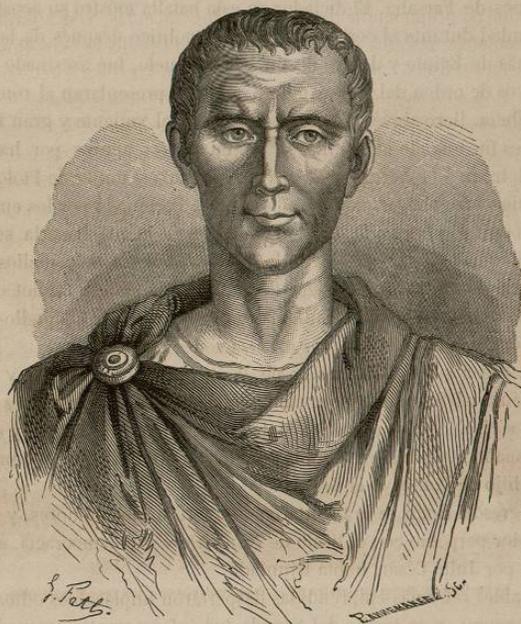
El enviado de Roma encuentra á Cincinato entregado á sus facnas agrícolas.

pronto perdía su importancia por el ruido del foro y la tribuna ó por la gravedad del derecho. La religión les preocupaba muy poco; así es que sería hasta ridículo buscar *conflictos*. Aceptaban los dioses de los países conquistados, y los sacerdotes, protegiendo las malas pasiones y los estímulos deshonestos, pretendieron conservar sus constantes ambiciones avasalladoras.

Sila y Mario se declararon rivales irreconciliables. La sangre de los romanos teñía las calles de la ciudad populosa, hasta que el triunfo de Sila pudo cimentarse con la muerte de Mario, la de sus amigos y el asesinato de Sertorio realizado por Perpenna en España. El partido de Mario había terminado, y Sila se constituyó en dictador, después de haber muerto á Telesino.

Sila fué un tirano. Sin embargo, pacificó el Oriente. Pompeyo venció y derrotó á los piratas del Mediterráneo, y después á Mitridates; llevó sus victorias á Oriente y tomó á Jerusalem. Sila abdicó la dictadura, y bajó al sepulcro.

Los patricios se confundieron con los plebeyos, las costumbres estaban corrompidas, y Pompeyo, Craso y César, después de diferentes alternativas y temiéndose recíprocamente, se coaligaron para formar el primer triunvirato.



Julio César.

La conjuración de Catilina, combatida por la elocuencia de Cicerón, á quien se le dió el sobrenombre de *Padre de la Patria*, exigía enérgicas medidas. Julio César obtuvo de sus colegas el consulado é hizo aprobar la nueva ley agraria; Catón marchó á Chipre, y Cicerón, acusado por Clodio, tuvo también que expatriarse. César alcanzó el gobierno de las Galias, donde sujetó á tan temibles enemigos, y después de varias conferencias convinieron que Pompeyo gobernaría las Españas y Craso el Oriente. La muerte de Craso cambió

las condiciones del triunvirato, y la de Julia, hija de César y mujer de Pompeyo, el lazo de unión entre los dos caudillos. Pompeyo es elevado á dictador; César, ardiendo en celos, penetra en Roma al frente de sus veteranos, se apodera luego de España é Italia, y le nombran dictador y cónsul. Con estos acontecimientos la segunda guerra civil tomaba otro sesgo.

Pompeyo acompañado de muchos senadores amigos y parciales suyos, se había refugiado en Epiro, donde, perseguidos por César, fueron derrotados en los llanos de Farsalia. El dictador en esta batalla mostró su acostumbrada magnanimidad durante el combate, y su tacto político después de la victoria. En las aguas de Egipto y dentro de un barquichuelo, fué asesinado Pompeyo por los suyos de orden del rey su pupilo; y como presentaran al romano vencedor la cabeza, lloró sinceramente la desgracia del valiente y gran Pompeyo.

Entonces fué cuando el caudillo se vió en graves apuros por haber colocado en el trono á la hermosa Cleopatra, hermana y mujer de Ptolomeo Dionisio, á quien hizo ahogar en su propio buque. Dominado por los encantos de la reina y fascinado por su hermosura, bulló en su mente hacerla su esposa. Habiendo quemado los buques, y en la heroica defensa de aquellos palacios del Buchium, el fuego se propagó al arsenal y á la famosa Biblioteca Alejandrina. En esta primera quema las llamas consumieron todos aquellos tesoros, que representaban la ciencia de las civilizaciones pasadas.

Marcha César sobre Farnaces, y en Ponto Euxino lo combate y destruye. Al dar cuenta al Senado, pronunció aquellas célebres y elocuentes palabras: *veni, vidi, vici*. En Africa derrotó á Metelo, á Escipión y á Catón; y en su retorno á España, termina en Munda la guerra civil, donde sucumbe Gneo Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande.

A su regreso á Roma se le tributaron extraordinarios honores, y se le declaró dictador perpétuo con el título de *Imperator*. La democracia, al fin, representada por Julio César, había triunfado.

Las notables reformas emprendidas despertaron implacables odios y amortiguados rencores, y en medio del Senado fué infamemente asesinado por los conspiradores, capitaneados por Décimo Bruto, Cayo Casio, Servilio Casca y Tulio Cimbro. Veinte y dos puñaladas acabaron con la vida del héroe, que cayó á los piés de la estatua de Pompeyo. Era el día de los idus de marzo del año 44 antes de J. C.

Julio César ha dejado en la historia un nombre imperecedero. General siempre vencedor, jamás vencido; político consumado, legislador profundo, jurisconsulto eminente, poeta, historiador y orador elocuente; astrónomo y geómetra; es admirado de todos. En calidad de Sumo Pontífice arregló el calendario y substituyó al año lunar, introducido por Numa Pompilio, el de 365

días, poniendo cada tres años uno con 366: en este trabajo le ayudó Sosígenes, astrónomo alejandrino.

La infamia de Bruto cuenta, por fortuna, pocos ejemplos en la historia. Había hundido el puñal en el corazón de su bienhechor.

Después de la muerte de César se presentaron varios competidores á la dictadura. Entre ellos sobresalían el cónsul Marco Antonio, Lépido, hombre adocenado, y Bruto, gobernador de la Galia Cisalpina. El testamento de César nombraba por heredero á Octaviano, su sobrino, acompañado de otros dos: éste, aunque débil y enfermizo, fué generoso y espléndido, y supo atraerse las simpatías del pueblo; empero, presentaba una capacidad política nada vulgar, y un corazón cruel para las empresas más temerarias. Era, en verdad, un nuevo competidor; pero temible. Antonio fué derrotado en Módena, y la fortuna favoreció al pusilánime Octaviano, el cual desatendido del Senado, se puso de acuerdo con sus competidores.

Pasa Octaviano el Rubicón al frente de su ejército, como hiciera su tío en otra ocasión; entra en Roma, combate á los republicanos sin descanso y se ejecutan por los triunviros los más atroces asesinatos. Cicerón, en medio de aquellos trastornos y hecatombes pudo escapar á Gaeta, donde le alcanzaron los asesinos capitaneados por Popilio, cortándole la cabeza y la mano, Herencio el centurión, dentro de su propia litera. Marco Antonio y Fulvia quedaban satisfechos y vengados. Esta cabeza que más de una vez había salvado el poder de la Ciudad eterna y la de Verres, sirvieron para adornar la tribuna del Senado. ¡Miserable condición de la humanidad! Fulvia, mujer de Antonio, había tenido el depravado gusto de atravesar con un alfiler la lengua del elocuente tribuno.

Las luchas interiores continuaban con atroz encarnizamiento. Bruto, considerándose ofendido, peleaba contra los triunviros y había conseguido algunas ventajas sobre Antonio y Octaviano en la batalla de Filipos; pero abandonado de los suyos después de la derrota de Tesalónica, murió atravesado por la espada que le presentó su amigo Estratón de Epiro, exclamando: *¡Oh, virtud, te creí una realidad; pero veo que no eres más que un sueño!*

Marco Antonio recorrió la Grecia y parte del Asia entre fiestas y placeres, los aplausos no modificaron sus instintos sanguinarios; hace la guerra á los partos, y en Cilicia manda comparecer á su presencia á la hermosa Cleopatra, reina de Egipto. Esta mujer, temible por su seductora belleza, presentóse en una galera ricamente adornada con la esplendidez y voluptuosidad del lujo oriental.

Subyugado M. Antonio por los encantos de Cleopatra, comete toda suerte de excesos y tropelías para complacerla, y entregado al amor y á la erápula fué el esclavo de la encantadora reina.

Mientras tanto, Octavio repartía los bienes de los italianos entre sus soldados, y Fulvia, mujer de Antonio, impulsada por el deseo de vengar las veleidades de su marido, animaba á los soldados. Poco previsora, se vió envuelta por Octavio, que en Perugia, violando la fe del tratado, ejerció su natural crueldad y degolló á trescientos ciudadanos entre senadores y caballeros.

Lépido, que gobernaba en Africa, fué descuidado é indolente, desapareciendo desde este momento del mundo político.

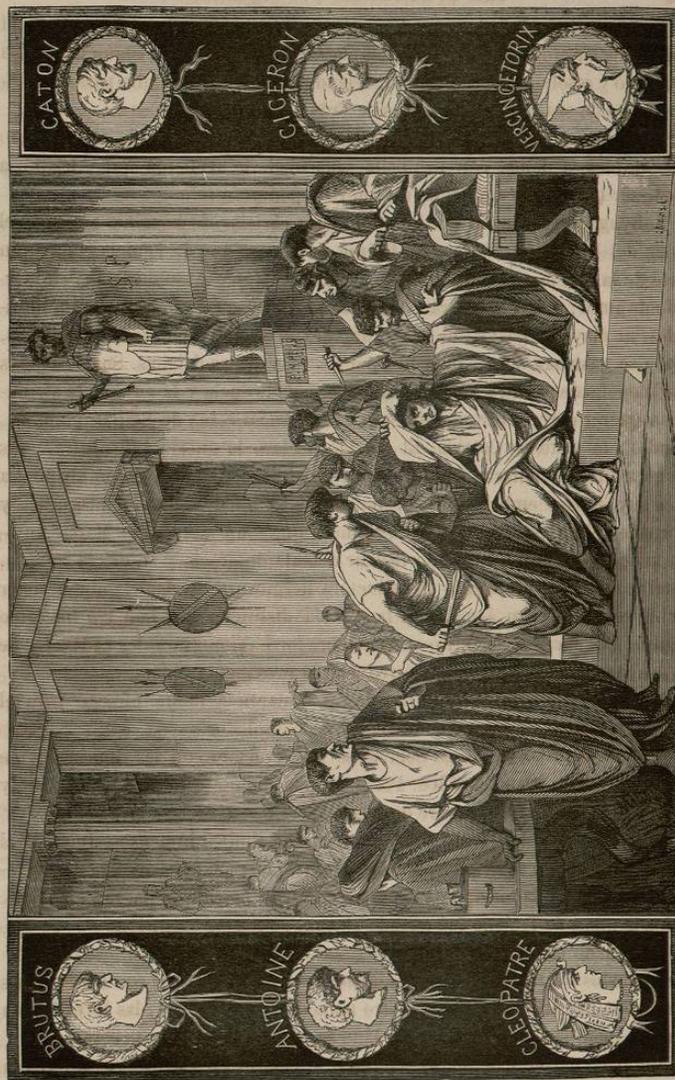
Antonio despierta, al fin, de sus criminales amores; la guerra de Perugia y las amenazas de los partos, le recuerdan sus deberes; marcha á Atenas, se reconcilia con su esposa, y considera como un acto hostil á su persona, la ocupación de la Galia Tránsalpina por Octavio. Lleno de coraje abandona de nuevo á Fulvia, que sucumbe á tan duro golpe; se dirige á Italia, donde se le incorpora la escuadra republicana que mandaba Enoardo, y se adhiere á su partido Sexto Pompeyo.

Octavio dudando de la lealtad de sus soldados, entró en transacciones con Antonio, el cual recibió como garantía la mano de la virtuosa Octavia.

El imperio romano se divide entre los dos contendientes. Octavio conservó la Dalmacia, las dos Galias, la España y la Cerdeña; y Antonio tomó la parte de Oriente hasta el Eufrates. Lépido continuó, como olvidado, mandando en Africa. Además se convino que Italia quedaria de comun, á fin de organizar ejércitos que deberían servir para hacer la guerra á los partos, ó para que Octavio impusiera á Pompeyo, que aspiraba reemplazar á Lépido en el triunvirato. A pesar de todo se decidió que conservase el mando de la Sicilia, la Cerdeña y el Peloponeso, con otras restituciones y franquicias. Empero, era imposible que hubiese avenencia ni lealtad entre los representantes de aquellas dos colosales figuras de la poderosa Roma, César y Pompeyo, ambos apellidados *Grandes*. El hijo de este último, tan desdichado como su padre y hermanos, vencido en las aguas de Mesina, huyó á Asia y fué asesinado de orden de Antonio.

Muerto Lépido, el imperio romano fué disputado con encarnizamiento por Octavio y Marco Antonio. El primero, precavido político aunque no guerrero, sostenía un poderoso ejército, quizá el más numeroso que hubiera conocido la soberbia Roma; pero exigente y falto de disciplina. Octavio recibió de la ciudad sagrada el título de *pacificador* de tierra y mar; se levantó una estatua triunfal, y le nombraron *tribuno* de la plebe.

Antonio, después de haber recorrido la Grecia entre festines y ovaciones, festejos y otras puerilidades, regresó á Italia con su esposa, donde su hermano, por indicación de sus constantes consejeros Mecenas y Agripa y á ruegos de la misma Octavia, celebró una conferencia, que dió por resultado prolongar el mando otros cinco años.



Asesinato de César.

La desgraciada Octavia no podía sujetar con su prudencia y encantos aquel rudo carácter militar. Los recuerdos de Cleopatra le traían inquieto, estaba fascinado y resolvió volver á Egipto, dejando á su esposa en Italia para que cuidara tanto de sus hijos como de los de Fulvia, su primera esposa.

Desde Siria invita á la seductora Cleopatra para que se reuna con él; pero esta ambiciosa dama, con exquisita sagacidad, le recuerda que Alejandría puede ser también la capital de un nuevo y poderoso reino.

Subyugado el romano por las seductoras caricias de la reina, aumentó el poder del Egipto con la isla de Chipre, la Cirenaida y la Fenicia, una gran parte de la Cilicia, de la Judea y de la Arabia. Marco Antonio estaba embriagado de amor; jamás se podrán concebir mayores goces, mayores voluptuosidades, ni mayores gastos; el Bruchium era el teatro de doradas bacanales, donde se gastaban sumas enormes por los más fútiles deleites. Sus descuidos é indolencia alentaban á sus enemigos; la maledicencia y la envidia le atribuyeron querer elevar al trono de Roma á la hermosa reina de Egipto, y, en fin, repudió á la virtuosa Octavia. El Senado declaró la guerra á Cleopatra, y las dos escuadras se hallaron frente á frente en el mar Jónico. Antonio abandona á los suyos para embriagarse en brazos de su amante, que en magnífica y adornada galera asistía á la batalla como si fuese un simulacro. Marco Antonio vencido en Accio, no pudo resistir á tanta desgracia y se dió la muerte. La reina Cleopatra olvidando su seductora hermosura, se dejó también morir por el veneno de un áspid, que la ciencia distingue hoy con tan histórico nombre. El vencedor encontró en la célebre torre (Timonium) los cadáveres de los dos amantes. El Egipto quedó reducido á provincia romana.

Las guerras civiles, que tanta sangre costaron á Roma, ofrecen para el hombre reflexivo un espectáculo triste y desconsolador.

Después de estas victorias, Octavio se vió revestido con las dignidades de cónsul, censor y gran pontífice. Por debilidad tomó el título de *Imperator*, y el Senado le confirió el nombre de Augusto.

La extensión del imperio romano alcanzaba límites inmensos. Durante el mando de Augusto se le incorporó la Bretaña, la Tracia, el Cáucaso, la Armenia, la Capadocia, la Siria y la Palestina; en Africa la Mauritania. Sin embargo, en los tiempos de Trajano fué cuando alcanzó su mayor extensión.

El reinado de Augusto se llama el siglo de oro de los romanos; las reformas en todos los ramos de la administración se dejaron sentir con beneficiosos resultados, durante cuarenta y cuatro años de paz y sosiego; las leyes fueron también modificadas. El templo de Jano se cerraba por la vez tercera.

Augusto, después de haber asociado á Tiberio en la gobernación de tan vastos Estados, bajó al sepulcro en Nola el 19 de agosto del año 14 de Jesu-

cristo, contando muy cerca de 76 años de edad. Vestido de gala, dijo á sus amigos: *He representado bien mi comedia... Aplaudidme*: fueron sus últimas palabras.

La unidad romana constituía una fuerza poderosa, que daba estabilidad á sus conquistas. Conducta opuesta á las democracias griegas, que solo ejercían sobre los pueblos vencidos una presión inhumana y hasta ilegal. Bajo este punto de vista histórico y filosófico, Roma se elevó sobre los reyes de Oriente, y sobrepujó al gran conquistador de Asia y la India.

Roma se había engrandecido de un modo maravilloso; aspiraba á la monarquía universal, y se hacía superior á los pueblos que la habían precedido. Soberbia, había concentrado todo su anhelo é inteligencia á plantear una buena legislación, estableciendo un poder que, al parecer, alcanzaba tanto al jefe del Estado como al padre de familia; y olvidando el movimiento intelectual de Grecia, sólo se entregaba á los impulsos de sus ambiciosos instintos de guerrera y conquistadora. La filosofía, la poesía y la historia, las artes liberales, las letras y cuanto constituye la civilización de un pueblo, apenas fueron vislumbrados durante la *edad heroica* de la engreida Roma, que por medio de su fecunda actividad supo dominar casi todas las nacionalidades entonces conocidas. En Roma los sentimientos de caridad y filantropía eran del todo ignorados.

Fecunda, en esta época, en virtudes cívicas, había sido espectadora de grandes crímenes, cubiertos con el velo sacrosanto del patriotismo. Bruto presencia la muerte de sus hijos con un estoicismo repugnante; Lucrecia se quita la vida por delitos de otro; Scévola se mutila cortándose la mano que le ha faltado en un meditado homicidio; horribles suplicios se cometen en holocausto de la patria, y Cincinato mancha con sangre sus venerandas canas. Aquí podemos exclamar con Schiller, «que la antigüedad romana pudo formar grandes ciudadanos, pero no grandes hombres.»

El pueblo romano había pasado de vasallo á ciudadano. Se mejoraron las leyes, la civilización comenzó á hacer prosélitos y el entendimiento y la razón empezaron á elevarse. Las conquistas hubieron de romper la valla que separaba las castas, y la espada aproximó y confundió á los hombres y á los pueblos. Roma despertó, en fin, de su letargo para entregarse presurosa en brazos de la ciencia de los griegos primero, y á su especial legislación después. Han pasado dos mil años, y aun imperan entre nosotros las leyes romanas y los progresos de la civilización latina. Hoy se tiene por alguno la loca pretensión de querer, que todas estas leyes fueron tomadas de la India (L. Jacolliot).

Los Scipiones dispensaron á manos llenas su protección para que la cultura se difundiese por todas las clases; la lengua latina mirada hasta entonces con

descuido y quizá con desdén, comenzó á ser el idioma patrio, y Cicerón con sus torrentes de sublime elocuencia, enseñó la pureza en el estilo, la nobleza de las imágenes y la profundidad en la reflexión; Marco Antonio y Craso dieron al discurso gracia y agudeza; hasta la mimica se utilizaba como medio de interesar y conmover al oyente. Hortensio sujetó todas estas concepciones á



Cicerón.

reglas y principios. La elocuencia romana llegó á su colmo con César, Bruto, Mesala y otros no menos notables oradores.

La filosofía pitagórica había hecho entre los romanos sus secuaces, quienes uniendo la ciencia á la galanura del lenguaje y á la severidad de la jurisprudencia, adquirieron cierto sello de originalidad. Todas las escuelas griegas llegaron á tener en Roma sus representantes, todas ostentaban erudición y elegancia, y revivían aquellas sectas ya casi olvidadas para condensarse en los

epicúreos, los estoicos, los peripatéticos y los nuevos académicos. La Grecia sólo había podido conservar el prestigio de su nombre. Sus antiguas leyes, sus progresivas escuelas filosóficas y las atrevidas concepciones de las artes plásticas quedaron en el país helénico casi olvidadas. Roma les prestó su apoyo, las cobijó con su purpúreo manto, las dió vida en su seno y volvieron á renacer con toda su esplendorosa riqueza y majestad para ofrecer al mundo la evidencia de una civilización efectiva.

Roma, en esta época, alcanzaba la suspirada primacía en los humanos co-



El Coliseo.

nocimientos. Sus conquistas llegaron á subyugar casi el mundo conocido, y sus huestes victoriosas se extendían por Europa, Asia y África. La unidad de la fuerza pudo dominar á las naciones y las ciencias y las artes, la elocuencia y la literatura, la historia y la geografía, la poesía y la sátira, la jurisprudencia y la filosofía, las ciencias naturales y la medicina consiguieron, al fin, un marcado desarrollo, y llegaron á constituir una civilización especial, que no sin razón se llamó *civilización romana*, aun cuando, en general, careciese de originalidad y en algunos puntos fuese rudimentaria.

La Grecia abrumada por el azote de intestinas guerras, sucumbió á las formidables legiones romanas. Los reinos fundados con el imperio de Alejandro cayeron heridos de muerte; una guerra engendraba otra, y la pasión al poder y á las riquezas, al paso que despertaban y sostenían el espíritu de conquista, enervaban la moral y arraigaban los vicios y las malas pasiones. Mario, Sila, Catilina; Pompeyo, César, Bruto, Antonio y Lépido, unas veces vencedores y otras vencidos, prepararon con sus sangrientas luchas domésticas el camino para fundar el imperio sobre sólidas y duraderas bases.

Octaviano levantóse lleno de majestad sobre sus rivales, y más astuto ó más afortunado, zanjó los cimientos del trono de los Césares con el nombre de Augusto. Supo hacer que las leyes fuesen respetadas, y las formas jurídicas llegaron á oscurecer las demasías de los poderosos y las criminales usurpaciones de los tiranos. El imperio de Augusto alcanzó notables mejoras y materiales beneficios por los desvelos de Mecenas y Agripa, sus amigos y consejeros, cuyos nombres conserva la historia con respetuosa veneración.

Desgraciadamente, durante la paz que dió Octaviano se cuidó muy poco del sentimiento moral, y el ardor de las batallas y el fragor de los combates cambiaron bien pronto en una indiferencia y egoísmo punibles, que enervaron los espíritus y los arrastraron á una completa corrupción. Era preciso conservar las apariencias republicanas, en medio de una monarquía celosa de sus privilegios y prerogativas.

Verdad que Roma contaba con formidables legiones que formaban ejércitos numerosos, tenía espléndidos y lujosos palacios, refinada industria, bellas artes y gigantescos circos, grandiosos coliseos, teatros y obeliscos, templos suntuosos, manufacturas y comercio florecientes, anchos y dilatados caminos, interminables vías, puentes maravillosos, sorprendentes acueductos; Roma estaba revestida de mármoles, estátuas y relieves y en su recinto reunía cuanto de más selecto, lujurioso, desvergonzado y cínico puede concebir una civilización descreída, sensual y materialista. ¿Habéis visitado el museo borbónico de Nápoles? Allí encontraréis una sala reservada que contiene parte de las preciosidades extraídas de Pompei que os patentizará cuanto acabamos de decir.

Pompei será á no dudarlo una mina inagotable de riqueza arqueológica, Herculanium un foco de luz que enseñará á las generaciones las bellezas de aquel siglo y las costumbres romanas; la historia y el arte encontrarán en ambas, elementos sobrados para corregir los errores de aquellos tiempos y las preocupaciones de pasadas épocas; empero el filósofo católico al estudiar aquellos tesoros inestimables de la incredulidad y del error, al recordar el siglo primero del Cristianismo y al evocar las sombras de sus santos Mártires y los preceptos puros de sus divinos Evangelios, tendrá presente, aún sin quererlo,

la lascivia, el desenfreno y el libertinaje de aquellos patricios. El Museo de Pompei y el Borbónico de Nápoles, junto con las maravillas del arte atesorarán también la impureza, el cinismo y la inmoralidad del agonizante paganismo romano.

Convenimos que Pompei recuerda al viajero, al artista, al arqueólogo y al sabio las costumbres, los usos y la civilización de aquel pueblo que en el apogeo de su gloria, extendió su dominio por el mundo conocido y que embriagado con un paganismo ostentoso y sin fe y enorgullecido con sus ambiciones desordenadas, dirigió á la humanidad por el intrincado sendero de la vida. En aquella ciudad augusta, sumergida en candente lava el año 79 de J. C. (24 de agosto según unos, ó 23 de noviembre en opinión de otros), en aquel espantoso cataclismo que consumió en el fuego y abrasó en fluida escoria y enrojecidas cenizas á toda una generación llena de vigor y lozanía, donde en alegres bacanales imperaba con todas sus voluptuosidades la diosa Venus; encontramos repetidos ejemplos de todos los vicios, de todos los defectos y de todos los excesos de la corrupción y de la crápula. El arte y la historia hallarán en esas venerandas ruinas, ricos y abundantes tesoros para sus estudios y meditaciones; pero la moral y el pudor se cubrirán el rostro abochornados en presencia de tanta prostitución y sensualismo. La poesía y el genio podrán cantar en armonioso metro ó enaltecer en levantada prosa una naturaleza exuberante, las casas, los palacios, los jardines, los templos, los foros, el cielo siempre hermoso y brillante de la Campania; empero la virtud y la honradez se sentirán lastimados y no dejarán de impresionarse al recordar aquellas luchas de gladiadores, aquellos inmundos lupanares, aquella molicie y procaacidad, aquella voluptuosidad desvergonzada en los teatros y en las termas y aquella insolencia descocada de una sociedad corrompida por toda suerte de enormidades gentílicas. Pompei y Herculano además de dar á conocer á los eruditos y á los sabios lo bello, lo grande y lo sublime de una generación ya juzgada apesar de su genio y de su grandeza, nos manifiesta también lo que era el pueblo romano en virtudes morales y sociales en el primer siglo del Cristianismo, cuando comenzaba á propagarse la santa Religión del Crucificado.

Tanta grandeza y tanta opulencia, tantos banquetes y festines, donde los manjares se salpicaban con polvos de oro y perlas, tanta disolución y libertinaje, tanta corrupción y desenfreno, trajo en pos de sí la disolución de la sociedad. Sobre seiscientas religiones se profesaban en la ciudad de los Césares; y, sin embargo, aquellos patricios, plebeyos y esclavos no tenían ninguna; en nada creían, eran escépticos ó estoicos, y carecían de moralidad, de virtud, de caridad, de abnegación y de amor al prójimo. Las relaciones é historias que nos han dejado, y han podido conservarse de Varron, Tito Livio, Salustio,